

Niveles de globalización. Ritmias y disritmias

(*El malestar en la globalización*)

Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina

La globalización y su sujeto. La esfera, el esferoide terrestre y el sujeto que ha llegado a operar su reconocimiento como esa superficie topológica que llamamos esfera, y no toro, por ejemplo.

Globalización en español. *Globalization* en inglés. *Globalisation* en francés. *Globalisierung* en alemán. La misma palabra, con ligeras variantes fonéticas para aludir a: ¿un hecho?, ¿un fenómeno?, ¿una Idea?, y: ¿qué tipo de hecho?, ¿qué clase de fenómeno?, ¿cómo es esa Idea? Tal vez todo ello, pero de modo nada claro, *borroso*. Pero eficaz. Como eficaz es también la percepción del *mundo vivido* de objetos, que también es borrosa por el coeficiente necesario de indeterminación que hay en toda percepción. Por una parte la limitación de los *esquicios* y, por otra, la inconcreción de las *significaciones* que contribuyen a configurar los objetos, junto con la actualización de lo ausente en forma de *recuerdos* o *imágenes*. Y, sin embargo, la *doxa* resultante es la base misma de la estabilidad de la vida normal y su inmensa capacidad de *absorción*, y de *digestión*. Y, como veremos, el *mundo vivido* está en la base misma de la globalización.

La Sociedad Asturiana de filosofía nos plantea cuatro arduas cuestiones sobre la conexión de las Ideas de Globalización y de Sujeto, que voy a intentar afrontar desde los postulados del materialismo fenomenológico, muy lejos del Husserl escolar y simplista *ad usum*.

Sacrificaremos a la inercia del tópico evocando en primer lugar al hombre que primero “globalizó”, circundó la esfera. Cuando vamos bajando en el pueblo de Guetaria por una calle serpenteante hacia el mar, topamos en una placita con la escultura de Elcano, en la actitud anacrónica de una especie de don Juan desafiante y romántico, que nada tiene que ver con el marino experto, primero pescador de bajura y altura en su pueblo, y después enrolado en la expedición de cinco naves que sale de

Sevilla en 1519 y regresa a Sanlúcar de Barrameda en septiembre de 1522, obteniendo una pensión de 500 ducados y el lema que rodea el globo al pie de la estatua: *primus circumdedisti me*. El primero que me globalizaste.

¿Qué hizo exactamente Elcano? El matemático Riemann, en 1851, en su tesis doctoral que fue juzgada por Gauss como “penetrante, de gloriosa y fecunda originalidad, notable y concisa, y en algunos puntos bella. Una obra de valor sustancial que no sólo satisface las exigencias de las disertaciones doctorales, sino que las supera”, estableció claramente el criterio de la *globalización*, del reconocimiento de la esfera. El criterio dice así: “si al recorrer un cuerpo, trazando sobre él una línea cerrada, resultan dos trozos, el resultado es una esfera. Si no se produce la división en dos trozos, es un toro. Es indiferente que el cuerpo se deforme, porque no interesan las distancias ni las formas”.

Es irrelevante la centralidad que permite la igualdad métrica del radio. No hay *centro* sino curvaturas. También la línea de Elcano se aceleró y demoró en los tres años de su trazado, pero al cerrarse en Sanlúcar quedó la esfera topológica dividida en dos trozos. Sin ser matemático, Elcano comprobó lo que Riemann estableció tres años después de su tesis, en 1854, en su lección magistral para conseguir la categoría de *Privatdozent*, también con Gauss en el tribunal (¡qué suerte!): “la geometría euclídea con validez en el nivel *local* (en el caso de Elcano la “localidad” de Guetaria) no sirve en el nivel *global*” que acaba de inaugurar, cerrando la línea. Es ese salto a otra métrica lo que produce el desconcierto, incluso malestar, y hasta rebelión, cuando los problemas locales que nos son familiares se hacen globales e inquietantes.

Y no es una mera cuestión formal. Riemann no era un científico social ni físico, pero estaba convencido de que la nueva geometría explicaría la naturaleza física del universo, puesto que, pensaba, las fuerzas de la gravedad y del electromagnetismo no son sino diferencias de su geometría. El tensor de curvatura, que descubre, lo aprovechará más tarde Einstein.

Me imagino que lo que ha movido a la SAF para sugerir el tema del Sujeto de la Globalización son las dos mareas globales actuales: la del virus H1N1 y la de la crisis global producida por la economía financiera especulativa. Pero claramente en la gripe A el virus no es un sujeto, y en ella el hombre es sólo un sujeto paciente. En cambio en la

crisis financiera sí hay sujetos, y tan poco recomendables como los virus y, por lo que parece, empiezan a volver a las andadas. La crisis se produce porque los sujetos de la economía actúan en *niveles* diferentes, y sus *ritmos* son distintos. Mientras que la Ronda de Doha se eterniza, los flujos financieros circundan el globo a la velocidad de la luz, sin trabas ni *tasas*. Se produce una disritmia.

La cuestión de fondo es la constatación de que los *niveles de experiencia* son múltiples. El nivel de la economía, digamos comercial, se corresponde con el nivel de la experiencia del *mundo vivido*, mientras que el nivel de la economía financiera es un nivel de universalidad *eidética*. Pero no habría disritmia si no fuese porque en la experiencia básica del *mundo vivido*, la *universalidad eidética* es gestionada por referencia a otra universalidad, *no eidética*, la *universalidad* propiamente *humana* de la comunidad de singulares, no sustantivable sin embargo como especie humana, como *humanidad*.

En lo que sigue utilizaré la matriz de que me serví, al hablar aquí mismo, hace un año, sobre el tema de la realidad virtual (ver al final). Entonces me interesaban los pliegues en vertical, ahora los despliegues, en horizontal. Con arreglo a la numeración que utilizaba, la experiencia del *mundo vivido* se corresponde con los niveles (4) y (5) de la matriz. Es el mundo intencional de objetos, tanto imaginados como efectivos. La universalidad no eidética se correspondería con el nivel (2), límite al que llegamos en el proceso de reducción o *epojé* (hiperbólica, como dice Richir). Y el nivel eidético es un nivel transversal, exterior a la matriz plana, pero que puede ser reaplicado a todos los niveles, excepto al (2), puesto que este nivel, de formación de sentidos, meramente “esquemático”, sin identidad, es un nivel puramente fenomenológico, no *castrado* simbólicamente, como diría Lacan (no ha ingresado en el orden simbólico), y por lo tanto no hay en él *habitus* ni sedimentaciones).

Mientras que en mi intervención del año pasado (puede verse en *Eikasía*), se trataba de frentes distintos de realidad virtual que formaban diedros, pliegues con la realidad efectiva, ahora nos van a interesar los *ritmos* diferentes de los diversos niveles de experiencia. Cada uno de ellos con su temporalidad específica. Y voy a suponer que los ritmos diferentes y los niveles distintos de subjetividad nos ayudarán a entender el “fenómeno” de la globalización. No es lo mismo la experiencia del individuo en tanto

que sujeto operatorio que queda *segregado*, que el sujeto responsable de la *epojé* que resulta ser el mismo que la subjetividad a que se llega en el límite de la reducción, y que es un sujeto anónimo y *agregado* (no un ego) en una comunidad de singulares en *interfactividad*.

Y si puedo distinguir niveles de experiencia y niveles de subjetividad, habrá niveles *en* la globalización.

Voy a empezar mi análisis utilizando como referencia un texto conocido por todos. Se trata de unas 150 páginas del libro publicado en 2005 por Gustavo Bueno, *La vuelta a la caverna: terrorismo, guerra y globalización*, libro escrito con ocasión de la coincidencia en el tiempo de las protestas contra la guerra (de Irak) y de las protestas contra la globalización (en Seattle, en Davos, en Porto Alegre...). Hay en esas páginas una tesis evidente, apoyada en tres supuestos polémicos.

La tesis es la siguiente: la globalización no es un hecho, ni una idea clara, ni un proyecto unitario. Es un proceso fenoménico en marcha, de naturaleza enteramente oscura y confusa, resultante de la confluencia de múltiples procedimientos diferentes y contradictorios entre sí. Y los tres supuestos son: 1º, la noción de *fenómeno* como algo referido en exclusividad al *eidos*. 2º, la consideración del sujeto de la globalización como el individuo estrictamente como ciudadano enclasado, y no “como sujeto dotado de conciencia”, Y 3º, la globalización como aquel género de existencia de la modalidad *beta*, cuando el sujeto no puede desentenderse de la realidad por la que se pregunta, situación ésta claramente diseñada aquí desde la situación *alfa*, en la que se segrega el sujeto operatorio.

La oscuridad de la idea de globalización derivaría del conflicto entre dos concepciones de la misma. Por una parte el supuesto de una globalización *única*, cuyo referente sería la Humanidad como Idea, a su vez, supuestamente *dada*; y, por otra parte, la realidad de una globalización *plural*, que tiene lugar en el seno de categorías diferentes e involucradas entre sí: económicas, políticas, culturales...

La oscuridad vendría de que tal confluencia y confusión de las dos concepciones, se ha concretado en dos supuestos: primero la atribución a la economía, y en especial a las técnicas financieras, de ser la punta de lanza y el agente configurador del proceso. Y, segundo: la creencia de que el proceso de la globalización, para ser tal,

global, necesita contar *previamente* con cierta idea u horizonte, de su cumplimiento, lo que implica, a su vez, una cierta idea sustantivada de la *Humanidad*. Ahora bien, no hay tal género humano dado. Tampoco hay una economía que no se involucre políticamente. La recurrencia del mercado no implica la pretensión de liberarse de la política como si fuese una traba. Economía y política se involucran. Unas veces parece que es la política la que engloba la economía, y otras la economía la que englute a la política. La razón está en que la política no es posible fuera del horizonte de la igualdad de singulares en tanto que sujetos *agregados*; y la economía no se entiende sino en el contexto de la igualdad de sujetos operatorios en tanto que sujetos *segregados*. Pero el carácter de sujeto agregado o segregado, así como el de *transoperaciones* que dan lugar a síntesis pasivas y el de operaciones que producen síntesis activas, hacen referencia a distintos *niveles* de experiencia.

Tampoco la cultura podría asumir el papel unificador englobante, puesto que muchas veces la globalización exagera los círculos culturales en lugar de anularlos, como mecanismo de defensa y refugio frente a las disritmias.

Luego no hay una Idea clara de la globalización, sino algo mucho más modesto: la simple denominación de múltiples procedimientos que confluyen.

Preguntemos entonces: ¿por qué hay disritmias entre las distintas globalizaciones?, ¿cuál es su ritmo diferenciado?, ¿por qué hay desastres cuando alguna de las dimensiones se impone desmesuradamente?

Está claro que hay que reflexionar previamente sobre la efectividad de los niveles de experiencia que soportan las globalizaciones. Y creo que esos niveles se confunden si el fenómeno se entiende sólo como abocado a una esencia, como si fuera sólo la antesala del *eidos*. Porque entonces es la propia arquitectónica de los niveles la que queda articulada eidéticamente, y los niveles de experiencia dejan de ser *efectivos*.

La globalización, en sus ritmias y disritmias, exige la efectividad de los niveles de experiencia en la vertical, y no sólo la involucración de las categorías en la horizontal. Y habrá niveles de experiencia si hay niveles en la subjetividad en correlación con las síntesis producidas.

Todo depende pues del modo de entender el *fenómeno*. Si entendemos el fenómeno exclusivamente en la vertiente de la esencia, como la existencia de algo extraño que se acaba cuando constatamos su esencia, se supone que este ajuste aporta claridad a la oscuridad y extrañeza de partida. Pero el *eidós* tiene también un papel uniformador y de encubrimiento. En particular, si supongo que los niveles de experiencia están articulados eidéticamente, su arquitectónica se nubla. Sólo si soy capaz de realizar previamente la *epojé del eidós* en el *mundo vivido*, podré percatarme de la efectividad de los niveles de experiencia. Porque no son sólo la metafísica y el empirismo los que destruyen los niveles. La metafísica los anula abatiéndolos sobre un supuesto ser en el límite superior (ser o *noumeno* como vestigio de ser). El empirismo abate los niveles sobre el límite inferior entendido como el conjunto de datos en cuanto realidades últimas, Pero ni hay tal ser o *noumeno*, sino materia. Ni hay tales datos de sensación como soporte último, sino que la *aisthesis*, el contacto con la materia, se produce en *todos* los niveles con arreglo a la correspondiente correlación: sujeto-hyle-síntesis estratificada. Ni hay articulación eidética de los niveles, como propugna el racionalismo, que los anularía.

La concepción del fenómeno entendido como lo destinado al *eidós* en exclusiva, proviene de generalizar lo que sí ocurre en el proceso de formación de una ciencia, y resulta, a mi entender, de la concesión injustificada de un privilegio a tal tipo de conocimiento.

Cuando Kepler generaliza en sus “leyes” observaciones minuciosas de los planetas ajustando las curvas resultantes como elipses, los fenómenos no son tanto las observaciones cuanto las leyes mismas, que son lo extraño y raro frente al prestigio que siempre tuvo el círculo. Newton convierte tal fenómeno en *eidós* demostrando que es la fuerza de la gravedad (que se comporta con arreglo a sus tres leyes) la que hace elípticas las órbitas planetarias, como puede verse paso a paso en la hermosa reconstrucción que ha hecho Feynman en su llamada conferencia perdida.

Es este el fenómeno que Bueno llama helénico, cuando algo dado como aparente y sorprendente es “salvado” por la esencia que se talla a través de él. Con lo que se cierra el círculo y se puede “progresar” desde el *eidós* a los fenómenos de partida.

Habría un segundo tipo de fenómenos, que Bueno llama *alemanes*, cuando: 1º, se confunde el fenómeno con el hecho; 2º, el fenómeno se destaca sobre un fondo metafísico (*noumeno*); 3º, se corta así el progreso al fenómeno desde el *noumeno*; y 4º, toda esta operación la realiza un sujeto ante su conciencia.

Pero cabe un tercer tipo de fenómeno, ni griego ni alemán, cuando la dialéctica fenómeno–hecho se sustituye por la dialéctica *aparecencia-aparencia*; cuando el fondo no es el *noumeno* sino la materia, permitiendo el *progressus*, y cuando el sujeto operatorio no es un individuo ante su conciencia, sino una intersubjetividad que implica una interfacticidad (como comunidad agregada de singulares).

Si hacemos el esfuerzo de prescindir de las explicaciones eidéticas que enmascaran las cuestiones, haciéndolas planas, es decir, si practicamos la *epojé*, el fenómeno no será lo extraño que hay que salvar ajustándolo a una esencia, sino simplemente lo que aparece. Pero el aparecer se dice de dos maneras. En la apercepción perceptiva de objetos se aparecen los objetos, pero también se aparecen las “sensaciones”, los esquicios. Directamente yo percibo el objeto apareciente, trascendente, sin imagen mental alguna, porque, si así fuera, lo estaría imaginando. Y además está la materia que afecta las quinestusias del cuerpo-sujeto. Hay, por una parte, el fenómeno como lo apareciente, la *aparecencia*, y, por otra parte, el fenómeno como *aparencia*. Y este segundo fenómeno no está referido al *eidos*, a la esencia, sino a la materia (todo ello sin perjuicio de que, en la otra vertiente, el fenómeno pueda enfrentarse a la esencia).

La correlación sujeto-objeto en la percepción tiene como contenido hylético el fenómeno en cuanto *aparencia* de la materia. Y ocurre además que, mientras que podemos distinguir niveles de experiencia que significan niveles operativos y, por lo tanto, niveles de la subjetividad, a los que corresponden las síntesis aparecientes correspondientes, también niveladas, el fenómeno como materia se mantiene *el mismo* en todos los niveles. La *hyle* afectante es igual cuando la subjetividad no es más que la singularidad anónima o aquí absoluto, que parpadea con lo sentidos *in fieri*, que cuando los esquicios me permiten la síntesis intencional de objetos.

Esta distinta concepción, más amplia, del fenómeno, repercute sobre las otras cuestiones aludidas. No sólo habrá que considerar como sujeto globalizado el individuo enclasadado en estructuras económicas, políticas, culturales en tanto que sujeto operatorio, sino también, y previamente, el sujeto del *mundo vivido* de objetos. Es en este mundo compartido de *objetos*, sólo relativamente determinados, donde en último término refluyen todos los procesos de la globalización, tanto de índole eidética como no eidética. Y cuando en la Declaración de los Derechos humanos se dice en su artículo primero que todos los seres humanos nacen “iguales”, tal igualdad se dice de los ciudadanos enclasadados en estructuras, pero también de los sujetos que *viven* en el mismo mundo de objetos, e implican a los *singulares* del nivel originario en interfacticidad.

Y, con relación a las operaciones *beta* que se supone son las operaciones de la globalización, por cuanto que el sujeto no puede desentenderse de lo que está generando, no se podrán entender estas operaciones sólo de modo negativo o por relación a las operaciones *alfa* (que además también intervienen en ciertas dimensiones esenciales de la globalización y son causantes principales de las disritmias), sino positivamente, retrocediendo a aquellas “transoperaciones” de niveles superiores (o inferiores, según se mire) en las que el sujeto no puede ser cancelado y queda siempre incluido, por cuanto que las síntesis en tales niveles no son nunca objetivas.

Los diferentes niveles de intersubjetivación, y por lo tanto de globalización, cada uno de ellos con su ritmo, pueden, en su conjunción, o bien provocar disritmias, o generar una idea con un inmenso poder de seducción.

La Globalización podrá ser un hecho deficiente, un semi-hecho, pero cuando sus componentes son disrítmicos, provocan catástrofes que son hechos como casas. La Globalización será una idea borrosa que se realimenta proyectivamente, pero no hay día en que uno lea el periódico sin que aparezca varias veces la palabra fetiche con todo género de atribuciones.

Por lo dicho hasta aquí, pueden hacerse dos afirmaciones.

1.- Cabe, además del análisis de la Globalización en la perspectiva horizontal, en el plano de las categorías, siempre propenso a explicaciones meramente sociológicas, un análisis en vertical, con arreglo a los niveles de experiencia, niveles efectivos, atestables, de manera que el *mundo vivido*, como eje central y parteaguas, tendrá, en una vertiente, las elaboraciones eidéticas y, en la otra, los niveles de experiencia que explora la fenomenología, escalonados arquitectónicamente.

2.- La efectividad y atestabilidad de tales niveles específicos, sólo es posible si se supone que no están organizados y relacionados entre sí eidéticamente, como presupone la filosofía racionalista, sino sólo arquitectónicamente. Ello supone la *epojé* previa, sin perjuicio de que posteriormente pueda darse una reaplicación de la eidética a tales niveles, con excepción del nivel originario (2), estrictamente fenomenológico, fuera del orden simbólico. De hecho, tal reaplicación se da ya siempre en el *mundo vivido* como compensación de la indeterminación del mundo de objetos, y por eso parece necesaria.

La cuestión es pues la efectividad de estos niveles, con sus “operaciones” y síntesis específicas. La cuestión es: ¿por qué esa pretensión espontánea de ignorar la profundidad y estratificación de la experiencia, y proceder casi siempre a explicaciones en un plano horizontal?

Permítaseme poner un ejemplo tomado de las matemáticas. No lo hago por el prestigio de las ciencias formales, sino por su claridad. Puede parecer un caso muy lejano del asunto que traemos entre manos, pero lo traigo a colación porque manifiesta de modo evidente la efectividad y atestabilidad de los niveles diferenciados en un punto en el que la visión racionalista parecería irrefutable: cuando la eidética ha sido reaplicada a los niveles, y el formalismo produce la sugestión de un plano.

Es un ejemplo tomado de la teoría elemental de números. Los estudiantes de bachillerato aprenden lo que es el número mediante una serie de inclusiones donde se exhibe el proceso histórico de la ampliación de la idea de número:

$$\mathbb{N} \subset \mathbb{E} \subset \mathbb{Q} \subset \mathbb{R} \subset \mathbb{C}$$

Es decir, los números naturales (1, 2, 3...) están incluidos en los enteros (positivos y negativos más el cero); éstos en los racionales; los que a su vez se incluyen en los reales, y éstos en los complejos.

Ha habido pasos en esta serie que han costado sudores, como el paso de los racionales a los reales, desde los griegos hasta Dedekind y Cantor. O la admisión de los complejos, evidente para el zorro de Gauss, pero que no se consolidó hasta su representación en el plano como un vector, y sus aplicaciones, “mágicas” en la física. En su fascinante opúsculo de 1883, “Fundamentos para una teoría general de conjuntos. Una investigación matemático-filosófica sobre la teoría del infinito”, Cantor se quejaba de que en el caso de los reales se hubiesen admitido las “generalizaciones del concepto de número abandonando particularidades”, y de que, en el caso de los complejos, también se hubiese hecho cuando, “tras muchos trabajos se hubo encontrado su representación geométrica por medio de puntos o segmentos en un plano” y, en cambio, los matemáticos, (encabezados por la bestia parda de Kronecker) se resistiesen a admitir sus números transfinitos:

$$\aleph_0 - \aleph_1 - \aleph_2 - \aleph_3 \dots$$

Todo parece transcurrir también aquí en un plano. Efectivamente, la inclusión múltiple $\mathbb{N} \subset \mathbb{E} \subset \mathbb{Q}$ se corresponde con el \aleph_0 , el infinito enumerable, mientras que los reales y los complejos se albergan en el \aleph_1 , el infinito continuo. Y, ¿por qué no seguir admitiendo el resto de los alef en un plano, hasta el infinito inconsistente (que pretendería totalizar la serie) y que éste sí rompería el plano, saltando a otro nivel? A Cantor le parecía evidente. Pero las cosas no son tan claras (la claridad del plano). Por de pronto, y sin entrar en consideraciones filosóficas, habría que hacer una objeción matemática sencilla. No está tan clara la idea de una generalización plana. $\mathbb{N} \subset \mathbb{E} \subset \mathbb{Q}$ constituyen el infinito enumerable, el \aleph_0 , cierto, pero también los números algebraicos (las raíces que resultan de polinomios de distinto grado) que forman parte de los reales, son enumerables. Los verdaderos responsables del infinito continuo no son pues los algebraicos, sino los números trascendentes (como π ó e) agazapados en los reales, y que resultan de sustraer de los reales los algebraicos. Pero resulta que tal sustracción es: \aleph_1 (reales) menos \aleph_0 algebraicos), cuyo resultado es

\aleph_1 , y por lo tanto los números trascendentes tienen como cardinalidad la misma que tienen los números reales.

Y, por otra parte, los números complejos, representados en el plano de Wessel, tienen como abscisa los reales, y como ordenada los reales imaginarios. Pero esa parte imaginaria, i , raíz cuadrada de menos uno, es también un número algebraico, puesto que sale de la resolución de una sencilla ecuación de primer grado.

Es decir, se ha roto el plano, aunque no se admita. Cantor acabará reconociendo tres niveles: el de los conjuntos finitos, el de los transfinitos (que incluye el enumerable, el continuo, y los supercontinuos) y el infinito absoluto, que resultaría de la totalización de todos los transfinitos. Evidentemente es éste último un infinito inconsistente, no tiene estructura de conjunto matemático, y Cantor lo remite al nivel de la teología. Yo lo asignaría a los niveles *esquemáticos* (1) y (2).

Esto está bien. Pero lo que Cantor no se esperaba es que su querida serie también se iba a romper en dos niveles, y romperse entre el primer eslabón y el segundo. Pese a sus intentos desesperados (toda la vida) por probar lo que se llama la hipótesis del continuo, la conexión inmediata y nivelada entre los dos primeros alef, no pudo. En carta a Dedekind el 3 de agosto de 1899 confundía sus deseos matemáticos con la realidad: “ya que es posible demostrar que no hay absolutamente ningún número cardinal que estuviese entre el \aleph_0 y el \aleph_1 ”.

Como todos saben, este deseo de continuidad perfecta y conexa, basada en un teorema que nunca llegó (“un teorema que presentaré y demostraré enseguida, en el que se ve con certeza que de entre las dos potencias de las clases numéricas I y II, la segunda es en realidad la inmediata sucesora de la primera, esto es, que entre ambas potencias no existe ninguna otra”), tal continuidad, digo, fue rota definitivamente por Cohen en 1963 demostrando que la hipótesis del continuo, la nivelación de los dos primeros alef, es una proposición indecidible en el sentido de Gödel. Es indecidible en la teoría de conjuntos estándar axiomatizada. Se repite aquí lo que ocurrió con el quinto postulado de Euclides, cuando se fracturó la geometría.

Lo curioso es que los científicos, acostumbrados a pensar de modo “racionalista”, en un plano eidético, no se resignan. Por ejemplo el físico Penrose sigue enrocado y dice: “sigue siendo posible que métodos de demostración más poderosos

que los de la teoría de conjuntos estándar, puedan ser capaces de decidir la verdad o falsedad de la hipótesis del continuo”. Penrose no admite hiatos, niveles. En cambio Gödel, matemático de temperamento filosófico como Cantor, admitió la efectividad de los niveles. En el mismo año de 1963, poco antes del descubrimiento de Cohen, escribía Gödel: “en el caso de que el problema del continuo de Cantor resultase indecidible a partir de los axiomas aceptados de la teoría de conjuntos, perdería significado la cuestión de su verdad, exactamente del mismo modo como la pregunta por la verdad del quinto postulado de Euclides carece de sentido para los matemáticos desde la prueba de consistencia de la geometría no euclídea. En cuanto a esto me gustaría señalar que la situación en la teoría de conjuntos es muy diferente de la de la geometría, tanto desde el punto de vista matemático como desde el epistemológico”. Y nada más escribir esto, tras comprobar los resultados de Cohen, y pese a sus reticencias, claramente expresadas, aceptó la efectividad del salto de niveles: “Poco después de redactar este artículo, la cuestión de si la hipótesis del continuo de Cantor es demostrable a partir de los axiomas de la teoría de conjuntos de von Neumann-Bernays (incluyendo el axioma de elección) fue decidida mediante la respuesta negativa dada por Paul J. Cohen”. Admirables la concisión y el rigor de Gödel.

Perdonen el excursus. Hubiera podido poner un ejemplo tomado del arte. Pero no se suele apreciar el rigor de la obra de arte y menos el rigor de la teoría estética. Y el ejemplo matemático es transparente. Hay niveles efectivos y atestables que resultan de las hazañas de Dedekind, Cantor, Cohen y Gödel: el nivel de los conjuntos finitos; el nivel del infinito enumerable; el nivel del infinito continuo (los infinitos) y el nivel del infinito inconsistente. Que se corresponden con los niveles de experiencia que Husserl elaboraba trabajosamente en sus cursos universitarios de la primera década del siglo. Con dos excepciones. El nivel de los conjuntos finitos, el del *mundo vivido*, queda desdoblado en un nivel efectivo y otro imaginario. Y el nivel del infinito inconsistente se desdobra en otros dos: la materialidad esquemática fuera de lenguaje y el nivel de los sentidos esquemáticos, sentidos *in fieri* sin identidad, o reesquemalizaciones, como dice Richir. Resultan así los niveles de la matriz que utilizo, que resulta ser así una matriz de niveles puramente arquitectónicos.

Se suele reconocer en Husserl al filósofo de la intencionalidad, de los horizontes, de la horizontal, pero siempre fue el filósofo de las disociaciones “genéticas”, verticales. Elabora primero la teoría del mundo *vivido*, el mundo de objetos “indeterminados” compartidos, desdoblado entre lo presente y lo presentificado, lo ausente. Es decir, distingue lo *efectivo* de lo meramente *objetivo*. Es lo que hace en el curso de 1907 (niveles 4 y 5). Después explora lo que había iniciado trabajosamente en el curso de 1905, la distinción de la conciencia de imagen y la *phantasia* (niveles 4 y 2). Y en el semestre de verano de 1908 atisbó el nivel (3), indagando lo que llamaba *significaciones simples*. Quedaban así diseñados todos los estratos (con la excepción del nivel implícito (1), el nivel de la materia, de la materialidad trascendental, del infinito inconsistente, del *ápeiron*).

Al final de su vida, en la *Krisis*, volvió a pensar en ese estrato básico, tan próximo y tan extraño, que es el *mundo vivido de objetos* que, como voy a sostener, constituye la globalización primaria o globalización de fondo: la constitución de la esfera sin centro, la esfera topológica que cerró Elcano, sin la que la llamada por antonomasia globalización, la del malestar (que en realidad consiste en la disritmia de niveles) sería inexplicable. Y descubrió que si no se dejan al margen las estructuras eidéticas, los niveles se confunden. En el párrafo 71 de la *Krisis* (p. 250) declara Husserl solemnemente: ...la fenomenología “se abre en cuanto a su sentido a diferentes niveles, porque la reducción fenomenológica misma –y eso conforme a su esencia- no ha podido abrir su sentido, sus exigencias interiores necesarias, su alcance, sino en niveles diferenciados”. *In verschiedener Stufen*.

Si acudimos a términos filosóficos muy sencillos para caracterizar estos niveles, yo diría: registro de la materia, registro del sentido, registro de la identidad, registro de la objetividad, registro de la efectividad. La realidad efectiva implica objetividad. Esta a su vez implica identidad. Y la identidad implica sentido. Sobre el trasfondo de la materia. Pero puede haber objetividad sin efectividad (la imaginación), e identidad sin objetividad (por ejemplo las *significaciones simples de 1908*, las apercepciones de lengua de Richir, los “signos” de nuestro monólogo interior, con identidad que los hace reconocibles, pero sin la objetividad que supondría la distinción de significante-significado en la temporalidad objetiva continua).

Para designar esta implicación funcional que se da entre las correlaciones (con sus “operaciones” y síntesis) de los distintos niveles, Husserl emplea el verbo *fungieren*. Por ejemplo, en la percepción, aun de modo implícito y olvidado, vacío, debe seguir *fungierend*, “funcionando” la elaboración de sentidos. Cuando Husserl habla, en la misma *Crisis*, del filósofo como funcionario de la humanidad, como nos recuerda esa especie de manifiesto problemático que nos ha convocado aquí, se está refiriendo no al burócrata que hace funcionar, sino al hombre que es capaz de fungir. No es lo mismo fungir de alcalde que funcionar de alcalde, aunque las dos raíces vengan del mismo verbo latino: *fungor, functus*. El que deja de funcionar es un *de-functus*, un difunto, pero el que no funge es el que no cumple (con toda la gama de sentidos que en castellano tiene cumplir). *Funktionieren* y *fungieren*.

Podemos decir que el nivel primariamente aludido cuando se habla de globalización es el del *mundo vivido*, el mundo intencional de objetos que supone observar, operar, recordar, imaginar...y compartir. Es un nivel compartido inter-objetivamente con un ritmo temporal también objetivado, con simultaneidad y continuidad de presentes. En cierto modo ya encontramos en este nivel de globalización primaria las dos características de “la globalización”:

1.- La borrosidad, es decir la indeterminación relativa que es propia de los objetos. Los objetos están simultáneamente determinados e indeterminados. Es lo que Husserl llama la *típica* en contraposición a la *eidética*.

2.- el carácter de proceso ciego, sin proyecto. Efectivamente, percibimos los objetos mediante esquicios, pero los esquicios no se anticipan, se dan en intenciones vacías, sólo como un horizonte no intuitivo, que no es sino el horizonte de la materia, de la *aparencia*, absolutamente imprevisible y fuera de toda intuición.

Y este *mundo vivido* constituye así la globalización primaria por su capacidad globalizante y englobante, porque es capaz de extenderse y gestionar y digerir todo lo que le echen, por eidética que sea su estructura; mundo vivido no homogéneo sino modulado con anterioridad a la diversidad de los círculos culturales, contribuyendo esta misma modulación a su capacidad englobante de absorción.

Esta posición central del mundo vivido como globalización básica hace que esa configuración suya de mundo de objetos compartidos con sus operaciones, con una

universalidad borrosa típica (recuérdese que sólo hemos accedido a él, y a los niveles, mediante *epojé* de la eidética) equidiste, por decirlo así, de dos tipos de universalidad, nada borrosa, pero muy diferentes. Por un lado, en una vertiente, el estrato donde se elaboran los sentidos (2), el nivel específicamente fenomenológico, donde se generan y deshacen interminablemente esbozos de sentidos, donde se dan las impresiones realmente originarias, desde donde se piensa, y donde se establece la *universalidad de lo humano*. Dice Husserl en la *Krisis* (parág.53, p.183): “La intersubjetividad universal (interfactividad, diría Richir) en la que se acaba resolviendo toda objetividad (es decir, toda síntesis), todo ser en general, no puede ser manifestamente ninguna otra más que la humanidad”. Y, por otro lado, en la otra vertiente, el nivel de lo eidético, transversal, con su *universalidad in-humana*.

Tenemos pues la universalidad borrosa o típica de la globalización primaria, flanqueada por una universalidad humana y por otra in-humana. La universalidad humana es evidentemente la de la comunidad de singulares que, en rigor, no puede señalarse como *humanidad* (sustantivada). Y la in-humanidad de la universalidad eidética lo es literalmente por el hecho de que el *eidós*, como ha demostrado Richir, deriva directamente del esquematismo, sin elaboración por parte del lenguaje, frente a lo que pensaba Husserl con su variación de esencias.

Mientras que el sentido humano es el mismo hacerse y deshacerse del lenguaje, el *eidós* se basa en esquematismos materiales no autocoincidentes, que sólo requieren del lenguaje para su estabilización primera.

Ocurre como si el hombre dispusiese de dos sistemas de contacto con la materia, uno mediante reesquemmatización por el lenguaje, y otro por acceso directo y, por decirlo así, in-humano, casi sin lenguaje.

¿Qué significa en el análisis de la globalización esta perspectiva vertical de niveles?

Lo que en la explicación horizontal de la globalización, de la que habíamos partido, era involucración de las categorías económicas, políticas, culturales... en esta perspectiva vertical tenemos además:

1.-La globalización básica del mundo vivido de objetos. Es decir la constitución de la esfera topológica descentrada, cuando los procesos compartidos que configuran el

mundo de objetos (sin eidética) con todas las modulaciones y deformaciones que se quieran (las superficies están descentradas) han cerrado el globo.

2.- La capacidad de absorción, de *englobamiento* (distinto de globalización), de gestión y digestión por parte del sistema básico de globalización, que se pone a prueba cuando sobrevienen las disritmias. El mundo vivido de objetos se ve entonces desbordado en su capacidad de absorción por la proliferación indiscriminada de procesos eidéticos poderosos, con relación al marco de la universalidad humana. El ritmo del tiempo objetivo del mundo vivido se desajusta por la fricción con procesos atemporales sobre el fondo de la temporalización “humana” del hacerse de los sentidos.

3.- El malestar de la globalización procede del desconcierto entre unos procesos eidéticos avasalladores (no englobados) y una propuesta utópica de solución, mediante una *alterglobalización*, que casi siempre supone una modificación imposible de la globalización de base.

Necesitamos, antes de seguir adelante, volver una vez más sobre la especificidad de los niveles que van a entrar en disritmia. Si no conocemos los fundamentos de esa especificidad, se nos escapan las razones de la disritmia (o de la ritmia)

En general podemos decir que hay niveles porque la correlación que define a cada uno de ellos no está perfectamente ajustada, porque las “operaciones” conducentes a las síntesis correspondientes se orientan con arreglo a configuraciones lingüísticas que nunca se ajustan totalmente con lo sintetizado.

Por ejemplo, en el nivel de la percepción de objetos, base del mundo vivido, percibimos un objeto como lo idéntico en diferentes “representaciones”, contenidos materiales, con arreglo a una intención o pretensión significativa. Las operaciones que conducen a una síntesis de identificación funcionan con arreglo a una significación de la que se dispone. Pero la significación que orienta esa experiencia actual sólo produce “determinaciones indeterminadas” (Hua. XXVJ, ap. XIX) La identificación que se produce sigue siempre abierta, porque las aportaciones hyléticas siguen fluyendo y porque la tal significación ya se ha dado en otro nivel.

Si procedemos así, sistemáticamente, de lo máximamente indeterminado a lo más determinado (prescindiendo de la determinación eidética que hemos abstraído), encontraremos que en el nivel (2) no se producen sino esbozos de sentido sin identidad

ni estabilización posible. Pero tales esbozos de sentido dirigen en el nivel (3) las “transoperaciones” correspondientes para producir sentidos estabilizados. Son las “significaciones simples” del curso de 1908, meros “signos fenomenológicos o significatividades. Pero tales significatividades del monólogo interior, cuando se distinguen entre sí en la temporalidad continua de presentes de la escritura o del habla, dan lugar a las significaciones (4), las que, a su vez, contribuyen a intencionar los objetos (5), como veíamos antes. Escalonadamente los sentidos *fungen* (hacen funcionar) las significaciones.

Las diferencias son claras. Los esbozos de sentido (2) suponen la emergencia de lo *nuevo*, de lo que “se nos viene a la cabeza”, como solemos decir. Sin identificación posible en un régimen esquemático de lo que se hace y se deshace, pero donde la *impresión* de la materia es originaria (2).

La *significatividad* o *apercepción de lengua* (Richir) del nivel (3) es un hábito quinestésico que reconoce e identifica signos sin intuición alguna, en una síntesis pasiva que no necesita la operación intencional (el soliloquio). La clave de este nivel es conciliar la identidad (sedimentación y *habitus*) con el hecho de que el sentido heredado continúa en busca de su maduración en una temporalización sin presente, en protenciones y retenciones rapidísimas.

Y así hasta la significación (5) que hace posible la correlación objetiva y efectiva. Como se ve, los desajustes en cada nivel entre las pretensiones significativas y las síntesis conseguidas dan lugar al escalonamiento de niveles. ¿Qué pasaría si cortocircuitásemos la serie haciendo que ya el sentido se ajuste como significación al objeto, que resultaría así plenamente determinado? Pues que seríamos seres horizontales, ajustados como robots (a veces lo somos), sin necesidad además de mecanismos de “reduplicación” de sentido. Es decir, no habría necesidad ni del *eidós* filosófico, ni de las justificaciones mitológicas metalingüísticas que están en la base de los círculos culturales, ni el arte sería necesario...

Dirijamos de nuevo nuestra mirada al estrato básico de la globalización, el mundo vivido de objetos relativamente determinado, estrato globalizado y englobante, la globalización primaria modulada. Esta Idea de *mundo vivido* fue el tema de los

últimos desvelos de Husserl. Es una idea que parece fácil, pero es extremadamente sutil y con facilidad se escora hacia lo sociológico.

Si se supone que el *mundo vivido* es lo que resta de la operación de sustraer los procedimientos y estructuras eidéticas, especialmente las científicas, tal mundo vivido no es una idea filosófica sino un concepto sociológico, y por eso muchos análisis acerca de la globalización no son sino consideraciones de índole sociológica por muy necesarios e interesantes que sean. Esa concepción sociológica, y aun sociologista, del mundo vivido es por ejemplo la tan conocida de Schütz.

Con arreglo a lo anterior, habrá que decir que el *mundo vivido* como idea filosófica que está en la base de la globalización, nace de la confluencia de dos procedimientos: la *epojé* del *eidos*, que es lo manifiesto en el libro incompleto de Husserl, y el *progressus* del lenguaje, ya comentado, por el que desde el sentido llegamos a las significaciones que posibilitan la percepción de objetos de modo relativamente determinado. Sólo así el mundo vivido exhibe su peculiar configuración en esa relativa determinación, suficiente para la praxis común, y por ello globalizante y englobante, sin necesidad de mecanismos de reduplicación de sentido, sean o no eidéticos. La globalización básica muestra así su estructura, extraña por absolutamente próxima.

En su *Krisis* inacabada Husserl subrayó que la característica fundamental del mundo vivido es su capacidad de absorción, su capacidad de englobamiento: “Engloba (*in sich aufnimmt*) todas las formaciones prácticas, incluso las ciencias objetivas en tanto que hechos de cultura” (p. 176)

Para ejercer esta sorprendente capacidad *englobante* (distinta de la globalizadora), el mundo vivido dispone de una estructura que Husserl analiza pacientemente. Resumo rápidamente sus hallazgos:

1.- Excluye un *a priori* universal previo. Es decir, no hay una ontología general, sino simplemente materia. Sería un sin-sentido (p.268).

2.- Constituye una *típica*, no una *eidética*. Tipo es lo morfológicamente correcto y reconocible, coherente, familiar. Típica ligada a una praxis de enriquecimiento de sentidos (recuerdo que tipo viene de *typtô*; en Homero *týptein* es golpear con un arma y eso deja una huella...)

3.- Supone una *doxa* compartida. Es algo subjetivo-relativo, determinado-indeterminado. Pero con una objetividad que permite predicaciones no idealizadas.

4.- Es un mundo de evidencias originales con un horizonte de experiencia posible, que implica una *normalidad*. Husserl (parág. 36) habla graciosamente de europeos normales, hindúes normales, chinos normales. Es decir, no hay todavía en este análisis *partición* de lo humano por mitologías en cuanto reduplicaciones de sentido, que estarían en la base de los círculos culturales en sentido estricto (no las modulaciones del mundo vivido, *Heimwelten*, simples variantes culturales)

5.- Es una totalización sintética, con operaciones ligadas y abiertas, validaciones disponibles y renovadas (*fungierenden Geltungen*), con confirmaciones-denegaciones constantes. Unidad de una diversidad de experiencias infinitamente abiertas. Todos los estratos trenzados en las síntesis intencionales engranadas entre sujetos... (p.170)

6.- Si bien la certeza está dada, el horizonte no está dado, ni cabe anticiparlo como proyecto. La clave está en que los esquicios de la percepción nunca están dados, “ni bajo la forma de una presentificación anticipada por intuición” (p, 181). La materia nunca está dada.

7.- Es lo idéntico a aquello de que se habla: flujo de una lengua general, interpretable en la generalidad empírica.

8.- Supone una espacio-temporalidad objetiva, con simultaneidad y sucesividad continua.

9.- En el mundo vivido los otros sujetos son *implicados* intencionales de mi vida intencional original.

Todos estos rasgos confluyen en esa capacidad globalizadora y englobante.
Resumo: La globalización como malestar se produce:

1.- Cuando la configuración del mundo vivido ha extendido su *típica* ciega e indeterminada por toda la esfera (globalización primaria).

2.- Cuando su capacidad de absorción (englobamiento) se resiente por hipertrofia de estructuras eidéticas, in-humanas e intemporales.

3.- Cuando, en consecuencia, la universalidad de lo humano se resiente también y se producen particiones mitológicas.

4.- Cuando, como resultado de esto, se reduce a su vez su capacidad de absorción y englobamiento, en un círculo retroalimentado negativamente.

La globalización resulta así ser un proceso *borroso y disrítmico*. Borroso en su misma base, puesto que ni siquiera cabe proyectar la percepción de un simple objeto como tal. Lo impide el fenómeno como apariencia de la materia. Y disrítmico porque es fácil desajustar los ritmos temporales de los niveles que son radicalmente diferentes: temporalización sin presente, tiempo objetivo continuo y atemporalidad.

Lo verdaderamente extraño es ese carácter in-humano de lo eidético, cuya hipertrofia dispara el desajuste. ¿Por qué lo eidético es in-humano? Porque funciona al margen del lenguaje, y suponemos que el sentido (el lenguaje) es lo que define lo humano,

En su último libro de 2008, Richir demuestra que la variación de esencias husserliana no puede basarse ni en la imaginación, ni en el lenguaje, como creía Husserl, sino que hace referencia directa a los esquematismos materiales fuera de lenguaje, fuera de lo humano.

Si leemos una historia de las matemáticas, por ejemplo, es fácil ver que los grandes avances, de un Gauss, de un Riemann, de un Hamilton... se han logrado pese al lenguaje y pese al estrobo de la imaginación (el episodio del llamado lenguaje matemático fue sólo una pequeña perversión).

Naturalmente que el invariante eidético, de textura esquemática, necesita revestirse de lenguaje (y lo hace en la fantasía perceptiva correspondiente, en régimen de transposibilidad), pero la “variación” misma (término poco afortunado) no es por comparación o asociación en el plano del lenguaje. Es puramente esquemática, cuando los esquemas materiales infinitos y no autocoincidentes van cristalizando en identidades autocoincidentes fuera del tiempo de la presencia (del lenguaje) y del presente (sin imaginación), en tanto son operados por un yo anónimo, desencarnado (sin *Leib*) y segregado.

Curiosamente el anonimato recubre los dos niveles extremos de la subjetividad. La subjetividad como aquí absoluto singular, en parpadeo con el sentido, es *anónima* (no hay todavía un yo o un tú), y la subjetividad en el otro extremo de la variación eidética es también *anónima*, por segregada.

Concluyo. La disritmia en que consiste el malestar de la globalización tiene lugar en el mundo de la vida básicamente globalizado y englobante, cuando se produce una tensión insoportable entre la universalidad no eidética de los sujetos agregados en el horizonte de la comunidad humana de singulares y la universalidad eidética de los sujetos segregados, que no comunican ya entre sí sino estructuras esenciales, quedando ellos inhumanamente cancelados.

Guadarrama, 5 de octubre 2009

Postscriptum

A la observación planteada por Carlos Iglesias al final de mi exposición sobre la dimensión diacrónica que parece no se recoge en mi propuesta, diré que efectivamente la globalización primaria o configuración del mundo vivido, como mundo compartido de objetos, es un proceso histórico evidente, cerrado pero nunca consumado, y que las disritmias ocasionadas por los estratos eidéticos no gestionados, no englobados, también lo son. Lo que sí anularía la dimensión histórica es la actitud “racionalista” que anula los niveles de experiencia y asume una globalización meramente eidética. En tal caso, lo que se anula además es el componente materialista. El motor de la historia está siempre alimentado por la novedad infinita de la materia que realimenta sin cesar, de modo imprevisible, las operaciones humanas.

Esa dimensión diacrónica sí fue puesta de manifiesto explícitamente en las ponencias de Alberto Hidalgo y de Fernando Pérez Herranz. Cuando no hay ya centro euclídeo de universales en la esfera, sino curvaturas topológicas como *territorios* articulados por torbellinos que pretenden imponer sus pretensiones globalizadoras eidéticas, el riesgo es que la esfera quede agujereada y resulte un toro de n asas, y eso sí que es ya *otra historia*.

NIVELES

